



POEMA MENTAL BAJO EL PARAISO DE TAPIES

Las enfermedades del ojo
la dulzura fermenta con pirámides
Como una CIENTÍFICA visión cuya pureza
se desprende y prolonga la noche del oficio
Rombos de bella asociación
y zonas vítreas tristes
Las leyes del marasmio y la falsa amanita
en los talos del liquen y el ladrillo
Late el período de los reinos
y su móvil familia de células acuáticas
El antiguo huevo conyugal de la música
y el pulmón incontaminado del pez

El hombre moderno y la metafísica
como el ágata en el vientre del camello

y los sexos de las mixomicales
El sueño del desarrollo la raíz de la luz
(Continuos paisajes voluntarios
de lo perteneciente se acumulan
a la terrible propiedad)
Son prolongaciones fieles
y atraídas con dolor
al seno del disfrute
Organos comunes, raros pesos, placeres
de otro mundo visual. El mundo de
los micetozoos, por ejemplo, cuya maravilla
de color y forma, ampliados,
puede mirarse: *los esporangios*
Las irisaciones. Los cuerpos. La vida
Pero amibas oníricas y también
pelotas de oro quietas
en la atmósfera en la atmósfera

Y hongos y síntesis y dulces minerales
tal vez berilos, opacos, y trapezoides
de evocación meteórica
Ecos del despertar vegetativo
Hilos sensibles del MÁS ALLÁ
Microbios sutiles, larvas eternas
Enumeración de cristales

El hombre moderno habla con una balanza
y cambia
Luz, venenos preciosos, moléculas estériles
Obra solamente el ojo del gran enano
en las antípodas. Un suelo
de abisales comunicaciones
supura diatomeas y melodías
(Continuos paisajes voluntarios
de lo perteneciente se acumulan
a la terrible propiedad)

Estamos todos en pecado
las selvas vírgenes funcionan
y los animales enigmáticos
calan con sus vientres pequeños

la gota de azur
Función de pútridos seres
inmaculados. Pesadilla del mízcalo
y de la cabeza de medusa.
Astrales salas donde yo conservo
como otras veces con Ivan Tanguy
el extremo contacto negro con la otra
vida y el más vacío perfume

CARLOS EDMUNDO DE ORY

¿NO HA VISTO USTED «PAISAJE DEL PUENTE», DE
DIAZ CANEJA? AQUÍ LO TIENE.

Y esto es lo que queda al final: un noble cansancio extendido, abierto; un amarillo mate, velado en un vaho de después de la plenitud, de empezar a ser definitivamente después. Mirad: el horizonte alto apenas deja una rendija con nubes de fin de agosto, tras del violeta de último término: un esqueleto de río sigue fielmente la diagonal del cuadro, saltado por un puentecillo de la misma materia de los terrones, y su rodera de barro seco; arriba, a la izquierda, un breve repecho ocre, y por todas partes, en el amarillo pajizo, como el recuerdo de un verde que hubo, que podría quizá haber si queda vida para el mundo.

Es el fin del verano, el límite desnudo, sin memoria de lo que fué espiga, si no es la huella de la serenidad aprendida; es la más pura soledad, en olvido, y sintiendo gravitar encima, pecho contra pecho, toda la abertura del cielo; el paisaje, plano y bajo, como al pie de las nubes, ofrecido en anchura, en vacío. Podría acabar, podría recomenzar la vida aquí; es el punto en que el girar del tiempo roza lo perenne, lo que queda tras las fronteras del año.

Y todo esto nos lo da el pintor de una vez, en una sola materia costrosa, reseca, como la tierra de la era, donde la paja se hace mineral y la arena se vuelve de oro; pintando en barbecho, en la tierra misma, con el relieve de las huellas, pobre de largo camino, palidecido de experiencia, preparado a bien morir.

JOSÉ M.^a VALVERDE